Las instituciones de Bretton Woods no sirven a su propósito

Barbara Adams, Foro de Política Global (GPF)

Esperar que las instituciones de Bretton Woods (IBW) se reformen, o sean reformadas, para que rindan cuentas en materia de derechos humanos, o sobre justicia ecológica y económica es tan descabellado como esperar que la reforma del Consejo de Seguridad de la ONU promueva la paz mundial añadiendo más miembros permanentes con derecho a veto.

Ambos fallos de gobernanza figuraban en la agenda de la Cumbre del Futuro de 2024. Sin embargo, el resultado alcanzado al más alto nivel político solo respaldó la complementariedad, la coordinación y la independencia de gobernanza entre la ONU y las IBS:

> «Reconocemos el importante papel de las Naciones Unidas en la gobernanza económica mundial, **admitiendo que las Naciones Unidas y las instituciones financieras internacionales tienen mandatos complementarios** que hacen crucial la **coordinación** de sus acciones, al tiempo que **se respetan plenamente los mecanismos de gobernanza existentes y los mandatos independientes de las Naciones Unidas** que rigen organizaciones y normas específicas.» (Pacto por el Futuro, Acción 48)

El intento de abordar la doble moral arraigada en el multilateralismo fracasó entonces, y cualquier reforma superficial que se consiga en Bangkok en las próximas reuniones del FMI y el Banco Mundial beneficiará a quienes gobiernan estas instituciones, basadas en el principio de «un dólar, un voto», y mantendrá su control sobre las normas y políticas macroeconómicas. Estas seguirán eludiendo la obligación de rendir cuentas ante las normas y estándares de las Naciones Unidas, conseguidos con tanto esfuerzo, y los instrumentos jurídicamente vinculantes.

Lo vimos con la campaña sobre los Derechos Especiales de Giro (DEG) en el contexto de la COVID-19, que no tuvo en cuenta cómo la injusticia inherente a la gobernanza de las instituciones de Bretton Woods genera desigualdades. El resultado fue que el FMI distribuyó los DEG a los países de forma proporcional a sus cuotas: los países más ricos tienen las cuotas más elevadas y las cuotas de las «economías emergentes» son menores que su peso en la economía mundial.

A diferencia de las instituciones de Bretton Woods, la Carta de las Naciones Unidasx declara que: «La Organización se basa en el principio de la **igualdad soberana de todos sus Miembros**» y que «Cada miembro de la Asamblea General tendrá un voto».

Es hora de retirar al FMI y al Banco Mundial del sistema de las Naciones Unidas y expulsarlos de la Junta Ejecutiva de las Naciones Unidas, así como de reconsiderar su papel como organismos custodios de varios de los indicadores de los ODS.

Si bien la Cumbre del Futuro no logró corregir las desigualdades en materia de gobernanza, paradójicamente manifestó la independencia de las instituciones de Bretton Woods y su estructura de gobernanza, que constituye un «anatema para la Carta de las Naciones Unidas», tal y como me respondió un alto funcionario de las Naciones Unidas hace más de un año.

La expulsión no detendrá las severas políticas económicas que acompañan a los préstamos del FMI y al llamado apoyo al desarrollo del Banco Mundial, pero pondrá al descubierto la retórica que conlleva ser miembro de la «familia de las Naciones Unidas», eliminará este camuflaje y, posiblemente, contribuirá a situar la toma de decisiones macroeconómicas vitales más cerca de los niveles nacional, local o regional, donde las personas tienen capacidad de decisión sobre sus vidas y sus medios de subsistencia.

El evento de Bangkok ofrece un escenario mundial para exigir que las instituciones de Bretton Woods sean excluidas del sistema de la ONU por ser responsables de las desigualdades de riqueza e ingresos, propagar soluciones falsas y reforzar los obstáculos estructurales a la justicia en la gobernanza global.